

Tertulias familiares en Semana Santa: La fragilidad de las conquistas de las mujeres

Rosa Fernández Hierro



“ Las medidas antidiscriminatorias que se han ido adoptando durante los últimos años se verán gravemente afectadas por los recortes anunciados, situación que evidencia las debilidades del compromiso social con la igualdad que creíamos estar conquistando. ”

Esta Semana Santa, mientras escuchábamos sonos propios de la temporada que a mí —al igual que me sucede con la música militar— nunca me supieron levantar, surgió la típica tertulia familiar sobre los componentes culturales de estas fiestas: “la gente desfila porque se lo pasa bien”, “es simplemente una fiesta”, “importa más el cachondeo que la devoción”, “es sólo el exponente de una España creyente y tradicional”.

Personalmente pienso que hay un poco de todo. Resulta evidente que el personal disfruta tocando el tambor o poniéndose un cucurucho en la cabeza; y que los significados religiosos más tradicionales y rancieros presiden estos encuentros, que dicho sea de paso, si los contemplásemos como simples turistas en cualquier país de los llamados del “tercer mundo”, nos permitirían hacer todo tipo de conjeturas sobre su retraso social y cultural y sobre las exigencias ridículas de sus religiones.

No es este el debate esencial que quiero plantear; pero sí reflejar que, en mi opinión —y no me refiero exclusivamente a la religión—, este país en muchos aspectos es depositario de valores tradicionales que históricamente han afectado a las mujeres de forma especialmente perjudicial.

Y dado que tras las trompetas y tambores, empezaron a caer chuzos de punta, continuamos nuestra tertulia con las propuestas del Gobierno en materias como el aborto y los matrimonios homosexuales. La conclusión a la que llegamos no fue demasiado esperanzadora: los derechos conseguidos son frágiles y dependen de los vientos políticos que corran, amparados, a la postre, por la decisión de una sociedad que vota democráticamente.

Y continuamos hablando de la reducción del gasto social en sanidad, educación, dependencia, etc. El economista del grupo nos explicó cómo esas medidas no iban a ayudar a salir de la crisis. Las mujeres del grupo concluimos que esas políticas suponían un retroceso que nos iba a afectar a todos y, de manera especial, a las mujeres que siguen soportando la responsabilidad de las cargas familiares, que siguen teniendo que suplir las carencias estatales con su maternal dedicación. Nos acostamos bastante alarmados por nuestro futuro y el que dejábamos a nuestros hijos.

A la mañana siguiente seguía lloviendo lo que nos obligo a permanecer entorno a la mesa, pero en esta ocasión intentamos alejarnos de los temas políticos para no amargarnos la existencia.

Mi hermana comenzó a reflexionar sobre la forma en que las nuevas expresiones se introducen en nuestras vidas y puso varios ejemplos: “hace dos años, no sabíamos qué era un trabajador o un *compañero tóxico*” y hoy, esas expresiones nos persiguen en cada curso o lectura que realizamos, sea de lo que sea. O la cuestión del *inmigrante digital* o *nativo digital*, expresiones acuñadas, seguramente, lejos de nuestras fronteras, que ya nos sirven para definir por sí mismas una generación y una forma de comunicación y socialización. Y allí estábamos, tan contentos, hablando sobre temas actuales vinculados con el lenguaje cuando a alguien se le ocurre traer a colación el reciente informe de la RAE sobre el sexismo lingüístico. La polémica está nuevamente servida.

Mi cuñado, un apasionado de la lengua y la literatura, valoraba positivamente el informe y le parecía respetuoso con las cuestiones de género. A mi prima Marta, le era bastante indiferente que la lengua española no tuviera género neutro específico, que la @ resulte poco estética, o que la reiteración de los y las termine siendo cansina. En definitiva, señalaba, lo importante es dar visibilidad a las mujeres.

El resto de los tertulianos hacía un llamamiento al buen gusto y al sentido común: es evidente que el lenguaje tiene que ser claro y saber si nos referimos a hombres, a mujeres o a todas las personas; pero existen sustantivos que incluyen ambos géneros y artículos y terminaciones capaces de identificarlos correctamente. Personalmente yo me estaba posicionando con esta tercera vía —llamémosla del “buen gusto”—, pues no es de mi agrado usar reiteradamente los y las, las @, las miembros, las lideresas... Entonces alguien comentó que la RAE había admitido los loísmos, los laísmos, etc.; algo que yo recordaba de muy mal gusto en el habla cotidiana de Burgos durante los años en que viví allí. Y alguien también apuntó cómo los habituales “señores y señoras” o “damas y caba-

lleros”, eran expresiones tradicionales y exponentes de un buen uso de la lengua y me empecé a preguntar de qué estábamos hablando pues es un hecho que el lenguaje evoluciona y se adapta a los tiempos y si, en definitiva, el informe no hubiese tenido otros contenidos si la composición de la RAE fuera distinta. Creo que en la actualidad sólo cinco académicas ocupan sus sillones.

Y como no podía ser de otra forma, retomamos el debate de la crisis económica que, en nuestro ambiente, ya no lo percibíamos como algo puntual y coyuntural, sino como un cambio de valores cuyas consecuencias políticas y sociales están todavía por determinar.

Las mujeres españolas en los años de democracia hemos dado pasos de gigante. Hoy nadie cuestiona abiertamente que tenemos derecho al trabajo, a la educación, a ocupar puestos de responsabilidad, a decidir sobre nuestro cuerpo, a exigir la corresponsabilidad familiar, etc. y, sin lugar a dudas, la normativa democrática ha ido apuntalando prácticas antidiscriminatorias con la finalidad de conseguir la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres.

Pero la realidad es tozuda y, no cabe duda de que, los modelos sociales tradicionales todavía están muy arraigados; por lo que las mujeres no desempeñan los mismos trabajos que los hombres y cuando lo hacen no perciben el mismo salario, ni tienen la misma participación en los órganos de dirección, ni visibilidad en la vida pública. Y en cuanto a la corresponsabilidad familiar, actualmente, no deja de ser un deseo, muy alejado de la realidad cotidiana de la familia media española.

En líneas anteriores comentaba como nuevas expresiones iban introduciéndose en nuestras vidas como consecuencia de los cambios sociales; y me viene a la cabeza otra que descubrí hace unos años cuando realice un curso de mediación y que ahora se emplea habitualmente: *ver la crisis como una nueva oportunidad*.

No comparto la teoría alarmista de que la actual situación económica puede servir de excusa para convencer a la sociedad de que el espacio natural de la mujer es el hogar y el cuidado de los hijos. Sinceramente, pienso que la situación de las mujeres españolas nada tiene que ver con la existente en época predemocrática; aunque sí comparto los miedos sobre los efectos que la crisis puede hacer sufrir a las trabajadoras, pues son un sector débil y precario. Las medidas antidiscriminatorias que se han ido adoptando durante los últimos años se verán gravemente afectadas por los recortes anunciados, situación que evidencia las debilidades del compromiso social con la igualdad que creíamos estar conquistando.

“ Los derechos conseguidos son frágiles y dependen de los vientos políticos que corran. ”

Y ante esta coyuntura, sería deseable que pudiéramos enfocar la crisis como una nueva oportunidad para configurar la sociedad con valores diferentes. Valores con los que a las mujeres se nos reconociera nuestro potencial sin que tuviesen que existir políticas antidiscriminatorias, con los que no fuera necesario hablar de corresponsabilidad porque ya fuese lo natural en las relaciones familiares, con los que la violencia de género no precisará de protección específica etc. Quizás, si se llegase al convencimiento de que el actual modelo económico de crecimiento no es sostenible y que otro mundo, más justo, es posible, estaría esperanzada ante las nuevas oportunidades que ofrece el cambio. El problema es que todos los partidos mayoritarios europeos han adoptado el neoliberalismo como única doctrina y mientras no haya un cambio en el discurso me temo que tenemos poco que hacer.